

31mo domingo tiempo ordinario

Sb 11:22-12:2; Sal 145; 2 Ts 1:11-22; Lc 19:1-10

Aún con cierta continuidad con las lecturas de los domingos pasados, las lecturas ahora nos hablan de la paciencia de Dios y de la siempre presente posibilidad de aun los más sorprendentes cambios de corazón, “conversiones.” El Libro de la Sabiduría es quizá el que se escribió por último en el “Antiguo Testamento,” cerca del tiempo de Jesús. Fue escrito en griego y está muy influenciado por la filosofía griega (“filosofía” quiere decir “amor a la sabiduría”). Tiene una visión amplia de las cosas, del mundo: ve el gran panorama. Un efecto de esto es que nos quita la mirada de nosotros mismos, de nuestros pequeños mundos que creamos y a los que nos aferramos y que a menudo nos aprisionan. Lo que se traduce “lo que basta a inclinar una balanza” se refiere a esa caída tan ligera de la balanza que hace difícil decidir lo que el peso exacto es; en otras palabras, es una imagen de la nada. Santa Catalina de Siena sabía esto bien cuando repetía que Dios es el que es y nosotros lo que no es, y que fijarse aun en nuestros pecados detrae de la majestad de Dios, que es lo que debe ocupar nuestra atención.

El Señor tiene paciencia. Nos deja equivocarnos, nos educa, o nos disciplina, poco a poco. Pero también se puede dar esos acontecimientos que cambian la vida, esas últimas oportunidades perdidas, cuando ese trago de más o esa última apuesta traen la catástrofe. Así que el mensaje es nunca dejar las cosas urgentes hasta el último momento, sino confiar en Dios y trabajar como si estuviésemos asegurados de la victoria final. El caso de Zaqueo es sorprendente. Los publicanos, o recaudadores de impuestos, eran considerados grandes pecadores que extorsionaban y estaban empleados por el poder colonial y ocupador. A Zaqueo se le llama “¡archipublicano!” Por lo menos tiene curiosidad por Jesús, pues se sube en un árbol. Pero nadie supera al Señor, que se invita a sí mismo a casa de Zaqueo. Hay murmuraciones de parte de la muchedumbre como siempre, pero algo grande está sucediendo: el cambio en el archipublicano, que ha decidido reparar el daño que había hecho, y de modo generoso. A nadie se le excluye del amor paciente de Dios, todos podemos ser salvos. De hecho, el Hijo del hombre tiene un interés especial en salvar a los que se les considera como perdidos. Al final, la diferencia entre esos seres humanos que supuestamente cuentan y los que no, no es tan grande, es como el rocío matinal que se evapora.